

Abecedario fantástico

URSULA WÖLFEL

Ilustraciones de **Francisco Solé**

 **Planetalector**
Literatura Infantil y Juvenil

Introducción

Antón, nuestro amigo fotógrafo algo calvo, trabajaba por aquel entonces en unos grandes almacenes. Vendía artículos en la sección de «Cine, fotografía y televisión» y estaba muy satisfecho con la vida que llevaba. Con el tiempo había ido criando algo de barri-ga, ya que le encantaba el pastel con pasas.

Cierto día oyó en alguna parte la palabra «zibeben» y no supo qué significaba.

—¿Zibeben? —dijo Lena, su mujer—. ¿Los zibeben no son unos animalillos parecidos a los saltamontes? Aunque no estoy totalmen-te segura.

Lena trabajaba de delineante en una fá-brica de maquinaria. Nunca fue una experta

en animales. Antón fue a preguntar a su hermano Robert y él le contestó:

—¿Zibeben? Se llama *zibeben* a esas niñas con piernas de palillo. Aunque no estoy totalmente seguro.

Antón preguntó al superior de su sección en los grandes almacenes.

—Está clarísimo —respondió el jefe—. Un *zibeben* es cuando te despiertas por la noche creyendo que toda la casa se ha movido, pero lo que ha pasado en realidad es que te has dado la vuelta en la cama demasiado de prisa. A eso se le llama *zibeben*.

—Claro —dijo Antón, pero sin quedar muy convencido.

Antón aprovechó que estaba de vacaciones para ir a la biblioteca municipal, donde trabajaba su tía Mila, y preguntó por ella. Sin embargo, ese día su tía no estaba allí, de manera que un joven atendió a Antón y le dijo:

—Haga el favor de consultarlo en el diccionario. Lo encontrará en la sala de lectura, de frente y a mano izquierda.

El diccionario constaba de veinte tomos muy gruesos en los que se explicaba el significado de todas las palabras difíciles. Estaban ordenadas alfabéticamente para así poder encontrar fácilmente cada una.

Sin embargo, Antón no conocía muy bien el abecedario. Todavía no sabía dónde iba ordenada la letra I, ni tampoco si la L iba delante o detrás de la M y la N, y siempre confundía la posición de la letra T con la de la V. Y otro tanto le pasaba con la D, la E y la F.

La señora Körner, que vivía a dos puertas de la casa de Antón, un día le había aconsejado:

—Tiene que comer rábanos. A los chicos hay que darles rodajas de rábanos en pan con mantequilla. Así, incluso dormidos, son capaces de aprenderse el abecedario al derecho y al revés. Lo dice mi libro de recetas de herbolario.

A Antón no le habían gustado nunca los rábanos, ni los grandes ni los pequeños, y se enojó consigo mismo por ello y, de paso, también se enojó con el abecedario. De manera que no abrió ni uno solo de los gruesos veinte volúmenes y se fue de la sala de lectura.

En la panadería compró medio pastel de pasas, y en la librería un diccionario de bolsillo. Tomó ambas cosas y se sentó en un banco del parque. Había quedado con Lena que se encontrarían ahí una vez ella hubiese acabado de hacer las compras en la ciudad. Mientras la esperaba, se aprendería de memoria el abecedario. Empezaría desde el principio.

Buscó en el diccionario alguna palabra especial que empezara con la letra A. Tenía que ser una palabra con la que fuera posible contar una historia que luego pudiera recordar bien. Para cada letra del abecedario buscaría una palabra.

Ábaco, abeja, acacia, accidente, acueducto, agua, alambre, ámbar... Todas esas palabras eran buenas para contar una historia. Pero de entre todas las posibles, Antón escogió la palabra Ararat. Escribió ese nombre en la arena con una piedra puntiaguda y empezó a comerse un trozo de pastel de pasas, mientras pensaba en la historia de Ararat.

La historia de Ararat

Hace miles de años hubo un gran diluvio. El agua de los ríos y arroyos creció tanto que los campos se inundaron. Entonces un hombre construyó un barco de madera y le puso un techo como el de una casa. El hombre le dijo a su mujer:

—Es como si alguien me hubiese dicho que tenía que construir este barco.

El hombre se llamaba Noé y al barco le pusieron el nombre de arca.

La lluvia seguía cayendo. Las aguas engulleron bosques y montes. Entonces Noé se trasladó a vivir al arca con su familia y se llevó consigo muchos de los animales que vivían en sus tierras.

El nivel de las aguas anegó las montañas más altas y el arca navegó por encima de ellas.

Un día, por fin, cesaron las lluvias y el arca encalló en un monte que se llamaba Ararat. Noé, entonces, soltó una paloma, pero el pájaro volvió al arca en seguida, porque las aguas todavía lo anegaban todo.

Siete días más tarde volvió a soltar la paloma. Esta volvió trayendo en su pico una ramita verde de olivo y Noé supo que los árboles ya no estaban bajo las aguas.

Entonces Noé soltó una tercera paloma, pero esta nunca regresó, de manera que la gente del arca supo que la tierra volvía a estar seca y descendieron del monte Ararat.

Antón, sentado en el banco del parque, pensaba en la tercera paloma. ¿Habría construido un nido, puesto huevos y criado polluelos?

Un hombre y una niña pasaron por allí. Leyeron la palabra Ararat escrita en la arena del camino y la niña exclamó:

—¡Ararat es una ciudad de Turquía y allí es donde vive mi tío Inci!

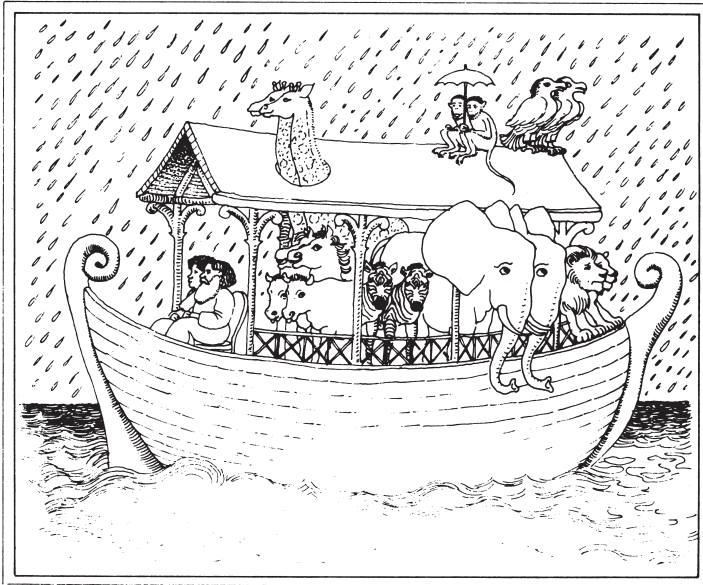
—¿Y cuida palomas? —preguntó Antón.

—Mi cuñado tiene muchas palomas —declaró el hombre.

—¡Son las palomas de Noé! —afirmó Antón.

Entonces el hombre se puso rojo de furia y exclamó:

—¡Mi cuñado no es ningún ladrón! ¡Nunca robaría las palomas de otro!



Antón les explicó en seguida la historia de Ararat y concluyó:

—Los polluelos de la tercera paloma seguramente construyeron otros nidos, pusieron más huevos y criaron nuevos polluelos, y estos, a su vez, deben haber construido más nidos todavía y así hasta nuestros días.

El hombre se tranquilizó. Los tres se sentaron en el banco, y mientras seguían hablando de la historia de Ararat se comieron el resto de pastel de pasas. Les pareció maravilloso que, después de tantos miles de años, todavía existieran las palomas de Noé.

El hombre y la niña se marcharon y Antón se puso a leer en el diccionario las palabras que empezaban con la letra B. No sabía cuál le gustaba más: ¿Banco o bisonete? ¿Burro o botella? Entornó los ojos y se rascó la cabeza. Cuando pensaba parecía un búho con sueño.

—¿En qué piensas? —le preguntó Lena, que ya había llegado y estaba allí, delante de él, con su preciosa nariz y su boca risueña. Se sentó junto a él y Antón le explicó que quería aprenderse de memoria el abecedario.

—Ararat es una palabra muy bonita —le dijo—. Se dice que el arca todavía debe de estar allá arriba en las montañas, conservada bajo una capa de hielo. Se debería organizar una expedición para encontrar el barco de Noé.

—¡Cómo me gusta esa idea! —dijo Lena—. Pero solo podremos viajar a Ararat cuando seamos ricos. Ahora me he acordado de una palabra que empieza con la letra B: Baobab.

Antón dibujó un árbol en la arena, encima de la palabra Ararat, y a su lado, Lena dibujó con un palo una casita. De la palabra Ararat solo quedaron visibles las letras A y T. Y entonces ambos se pusieron a pensar en su baobab, el gran árbol exótico que tenían en el jardín de casa.